

ANEJOS DE

na:ilos

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología

Asturias monástica

Catálogo de monasterios y revisión
histórica arqueológica (siglos XI-XIX)



Alejandro García Álvarez-Busto
(editor)



Octubre 2020
OVIEDO

Anejos de NAILOS
Número 7
Oviedo, 2020
ISBN 978-84-8367-703-2

**Asociación de
Profesionales
Independientes de la
Arqueología de
Asturias**

Anejos de
Nailos

Estudios Interdisciplinarios
de Arqueología

Asturias monástica

**Catálogo de monasterios
y revisión histórica arqueológica
(siglos XI-XIX)**

**Alejandro García Álvarez-Busto
(editor)**



ANEJOS DE  **na:los**

Estudios
Interdisciplinares
de Arqueología



Consejo Asesor

José Bettencourt
Universidade Nova de Lisboa

Rebeca Blanco-Rotea
*Universidade de Minho /
Universidad de Santiago de
Compostela*

Miriam Cubas Morera
Universidad de York

Camila Gianotti
*Universidad de la República
(Udelar)*

Adolfo Fernández
Fernández
Universidad de Vigo

Manuel Fernández-Götz
University of Edinburgh

Juan José Ibáñez Estévez
*Institución Milá i Fontanals,
CSIC*

Juan José Larrea Conde
Universidad del País Vasco

José María Martín Civantos
Universidad de Granada

Aitor Ruiz Redondo
Université de Bordeaux

Ignacio Rodríguez Temiño
Junta de Andalucía

José Carlos Sánchez Pardo
*Universidad de Santiago de
Compostela*

David Santamaría Álvarez
Arqueólogo

Consejo Editorial

Alejandro García Álvarez-Busto
Universidad de Oviedo

César García de Castro Valdés
Museo Arqueológico de Asturias

María González-Pumariega Solís
Gobierno del Principado de Asturias

Carlos Marín Suárez
Universidad de la República, Uruguay

Andrés Menéndez Blanco
Universidad de Oviedo

Sergio Ríos González
Arqueólogo

Patricia Suárez Manjón
Arqueóloga

José Antonio Fernández
de Córdoba Pérez
*Secretario
Arqueólogo*

Fructuoso Díaz García
Director

Fundación Municipal de Cultura de Siero

nailos

**Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología**

ISBN 978-84-8367-703-2
e-ISSN 2341-1074
C/ Naranjo de Bulnes 2, 2º B
33012, Oviedo
secretario@nailos.org
www.nailos.org

Anejo de NAILOS n.º 7. Octubre de 2020
© Los autores

Coeditan:

- Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias (APIAA).
www.asociacionapiaa.com
- KRK Ediciones

KRK
Ediciones

Lugar de edición: Oviedo

Depósito legal: AS-01572-2013



CC BY-NC-ND 4.0 ES

Se permite la reproducción de los artículos, la cita y la utilización de sus contenidos siempre con la mención de la autoría y de la procedencia.

NAILOS: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología es una publicación científica de periodicidad anual, arbitrada por pares ciegos, promovida por la Asociación de Profesionales Independientes de la Arqueología de Asturias (APIAA)

Bases de datos que indizan la revista | Bielefeld Academic Search Engine (BASE); Biblioteca Nacional de España; CAPES; CARHUS Plus+ 2014; Catàleg Col·lectiu de les Universitats de Catalunya (CCUC); Catalogo Italiano dei Periodici (ACNP); CiteFactor; Copac; Dialnet; Directory of Open Access Journals (DOAJ); Dulcinea; Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB); ERIH PLUS; Geoscience e-Journals; Interclassica; ISOC; Latindex; MIAR; NewJour; REBIUN; Regesta Imperii (RI); Sherpa/Romeo; SUDOC; SUNCAT; Ulrich's-ProQuest; Worldcat; ZDB-network

apiaa
Asociación de Profesionales
Independientes de la Arqueología
de Asturias

EDICIONES
KRK



**GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS**



OVIEDO
AYUNTAMIENTO



**FUNDACION
CAJA RURAL DE ASTURIAS**

MUSEO | **ARQUEOLÓGICO** | DE ASTURIAS



GRAN HOTEL ESPAÑA

EL COMERCIO

Sumario

Alejandro García Álvarez-Busto	
<i>Introducción a la Arqueología de la Arquitectura monástica en Asturias</i>	13-20
Otilia Requejo Pagés	
<i>San Vicente de Oviedo</i>	23-45
Alejandro García Álvarez-Busto	
<i>San Juan Bautista de Corias (Cangas del Narcea)</i>	47-69
Sergio Ríos González, Juan R. Muñiz Álvarez y César García de Castro Valdés	
<i>San Miguel de Bárcena de Monasterio (Tineo)</i>	71-89
César García de Castro Valdés	
<i>San Pelayo de Oviedo</i>	91-105
Javier Chao Arana, César García de Castro Valdés y Alejandro García Álvarez-Busto	
<i>San Salvador de Celorio (Llanes)</i>	107-128
Alejandro García Álvarez-Busto y Gema E. Adán Álvarez	
<i>San Salvador de Cornellana (Salas)</i>	131-143
Alejandro García Álvarez-Busto	
<i>Santa María La Real de Obona (Tineo)</i>	145-167
Fernando Miguel Hernández	
<i>Santa María de Lapedo-Belmonte (Belmonte de Miranda)</i>	169-197



Sumario

Luis Blanco Vázquez <i>Santa María de Villanueva de Oscos</i>	199-215
César García de Castro Valdés y Sergio Ríos González <i>Santa María La Real de La Vega (Oviedo)</i>	217-231
Fructuoso Díaz García <i>San Martín de Soto de Dueñas (Parres)</i>	233-246
Fructuoso Díaz García <i>Santa María de Villamayor (Piloña)</i>	249-273
Fructuoso Díaz García <i>San Bartolomé de Nava</i>	275-293
Otilia Requejo Pagés <i>San Pedro de Villanueva (Cangas de Onís)</i>	295-310
Sergio Ríos González <i>San Antolín de Bedón (Llanes)</i>	313-327
Fernando Miguel Hernández <i>Santa María de Gúa (Somiedo)</i>	329-346
César García de Castro Valdés <i>Santa María de Valdediós (Villaviciosa)</i>	349-369



Sumario

Patricia Suárez Manjón <i>San Francisco de Oviedo</i>	371-395
Andrés Menéndez Blanco <i>San Francisco de Tinéu</i>	397-407
Sergio Ríos González <i>San Francisco del Monte (Avilés)</i>	409-419
Patricia Suárez Manjón <i>Santa Clara de Oviedo</i>	421-459
Alejandro García Álvarez-Busto e Iván Muñiz López <i>Santa María de Raíces (Castrillón)</i>	461-478
Juan R. Muñiz Álvarez <i>Nuestra Señora del Rosario (Oviedo)</i>	481-491
Fernando Miguel Hernández <i>Nuestra Señora La Real de Las Huelgas (Avilés)</i>	493-509
Alejandro García Álvarez-Busto y Alberto Morán Corte <i>San Matías (Oviedo)</i>	511-529
Alejandro García Álvarez-Busto <i>Nuestra Señora de la Encarnación (Cangas del Narcea)</i>	531-540



Sumario

Javier Chao Arana y Alejandro García Álvarez-Busto <i>Santísimo Sacramento y Purísima Concepción de Nuestra Señora (Llanes)</i>	543-555
Paloma García Díaz y Fernando Gil Sendino <i>Santísimo Sacramento y Purísima Concepción de Nuestra Señora de Agustinas Recoletas de Gijón</i>	557-576
Nicolás Alonso Rodríguez <i>Nuestra Señora de La Merced de Sabugo (Avilés)</i>	579-587
Alicia García Fernández <i>San Juan de Capistrano de Villaviciosa</i>	589-603
Alicia García Fernández <i>Purísima Concepción de Villaviciosa</i>	605-616
Fructuoso Díaz García y José Antonio Fernández de Córdoba Pérez <i>De bienes desamortizados a bienes culturales. La gestión patrimonial de los monasterios en Asturias</i>	619-661
Alejandro García Álvarez-Busto <i>El linaje de los cenobitas. Una propuesta de síntesis para la historia de la arquitectura monástica en Asturias</i>	663-702
Bibliografía	711-766
Normas de publicación / Guide for authors	768-769



02

San Juan Bautista de Corias (Cangas del Narcea)

Alejandro García Álvarez-Busto

1. Introducción

Corias es protagonista de uno de los repertorios bibliográficos más amplios del panorama monástico asturiano, como no podía ser de otra manera dada su relevancia histórica y arquitectónica¹. Partiendo de las primeras crónicas elaboradas por Yepes o Risco en época moderna, el principal hito en la historiografía coriense lo constituye la obra de Élica García (1980), en la que se desgana la historia institucional y socioeconómica del monasterio durante el Medievo. Desde la Historia del Arte también se habían publicado algunas aportaciones considerables, que en su momento permitieron encuadrar cronológica y estilísticamente el templo renacentista, el edificio neoclásico y algunas piezas arquitectónicas descontextualizadas. Por el contrario, apenas se sabía nada acerca de la morfología del edificio fundacional, y sobre su evolución en los tiempos medievales, no existiendo tampoco un análisis de larga duración con carácter integral que se ocupase de las transformaciones acontecidas en la arquitectura del monasterio a lo largo de la Edad Moderna.

Entre los años 2007 y 2011 tuvimos la oportunidad de realizar el seguimiento arqueológico de la obra de rehabilitación del monasterio como Parador de Turismo². El actual inmueble, formado por la iglesia renacentista y el edificio monástico neoclásico, había sido declarado Monumento Histórico-artístico en 1982, y se encontraba incluido en el Inventario del Patrimonio Cultural de Asturias con la categoría de Bien de Interés Cultural (Figura 1). Esta investigación arqueológica desarrollada en Corias ha permitido analizar un amplio conjunto de testimonios escritos y materiales que configuran la historia constructiva del lugar (Figura 2). Una historia de 1.000 años que hemos organizado diacrónicamente en doce fases arquitectónicas consecutivas y que a su vez se pueden reagrupar en tres grandes periodos históricos: el medieval, la edad moderna temprana, y la etapa final de la época moderna.

¹ Una revisión de la historiografía del monasterio de Corias en García Álvarez-Busto (2016c:25-28)

² Los arquitectos José María Pérez González y Fernando Gaforio llevaron la dirección de la obra, siendo la empresa adjudicataria OHL S.A. El equipo arqueológico estuvo formado por los arqueólogos Covadonga Ibáñez Calzada (encargada de las planimetrías), Francisco X. Fernández Riestra, Alejandro Sánchez Díaz, David Flórez de la Sierra y Alberto Morán Corte, los restauradores Noelia Fernández Calderón y Luis Suárez Saro, y el geólogo Juan E. Ramos López. Agradecemos también sus aportaciones a César García de Castro Valdés, F. Javier Fernández Conde y J. Avelino Gutiérrez González.



Fases cronológicas

FASE	CRONOLOGÍA	CARACTERIZACIÓN
CORIAS 0	Época romana	Ocupación-frecuentación de la zona en época romana.
CORIAS 1	Antes de 1031	Oratorio prebenedictino de San Adriano.
CORIAS 2	1031-1063	Iglesia fundacional. Consagrada en 1043.
CORIAS 3	1063-1138	Iglesia monástica. Consagrada en 1113.
CORIAS 4	2ª mitad siglo XII	Construcción del claustro medieval.
CORIAS 5	Siglos XIII-XIV	Reconversión de la iglesia fundacional en capilla funeraria.
CORIAS 6	1ª mitad siglo XV	Reformas en el claustro medieval.
CORIAS 7	2ª mitad s. XVI	Construcción del claustro renacentista.
CORIAS 8	1ª mitad s. XVII	Construcción de la iglesia renacentista. Consagrada en 1650.
CORIAS 9	1ª mitad s. XVIII	Construcción del patio de servicios barroco. La «casa nueva».
CORIAS 10	1774-1835	Construcción del monasterio neoclásico.
CORIAS 11	A partir de 1860	Reocupación dominica del monasterio neoclásico.
CORIAS 12	Desde el 2007	Rehabilitación del monasterio como Parador de turismo.

											
Fase 1a	Fase 2	Fase 3a	Fase 4	Fase 5	Fase 6	Fase 7	Fase 8	Fase 9a	Fase 10a	Fase 11	Fase 12
											
Fase 1b		Fase 3b						Fase 9b	Fase 10b		
											
								Fase 9c	Fase 10c		



San Juan Bautista de Corias
(Cangas del Narcea)





Figura 1. Vista general del monasterio de Corias antes del inicio de la rehabilitación del edificio como Parador de Turismo. Conviven en pie la iglesia de finales del siglo XVI y el edificio conventual construido entre 1774 y 1808.



Figura 2. Localización de los sectores de excavación en la planta actual del monasterio.

2. Resultados de la investigación arqueológica

El recorrido por esta secuencia arquitectónica identificada en el monasterio empieza en la Antigüedad, cuando distinguimos un espacio con evidencias de poblamiento en la forma de un castro situado en las inmediaciones de donde se ubicará con posterioridad el establecimiento monástico; y algunos indicios de ocupación en la zona más cercana al puente, punto de control y eje vertebrador de la caminería que alcanzaba los distritos mineros auríferos enclavados en los valles del Narcea y del Naviego. En cualquier caso, los exiguos vestigios manejados (*terra sigillata* hispánica, *tegulae*, tesorillo de monedas romanas, sillares reaprovechados en la construcción de la iglesia fundacional) nos impiden concretar qué tipo de edificio o de asentamiento se localizaba junto al puente de Corias durante la época romana (*Corias 0*). Menor conocimiento tenemos aún para el periodo de la Antigüedad tardía, durante el cual el término se integraba en la parroquia de Pésicos, formando parte de la organización eclesiástica del reino suevo consignada en la *Divisio Theodomiri* del año 569. Ello permite intuir un espacio cristianizado desde arriba, articulado por una red de iglesias, y en el cual, en la centuria siguiente, se documenta una ceca monetaria vinculada al reino visigodo.

Dando un salto hacia adelante en el tiempo, y traspasando los siempre poco conocidos siglos oscuros, alcanzamos los momentos anteriores a la fundación del monasterio. Las décadas precedentes a la recurrente fecha de 1043. Contra la visión tradicional, alimentada por el relato fundacional inserto en el Libro Registro, en la que se presentaba un espacio inculto y periférico, el territorio de Corias se revela verdaderamente como una zona con un poblamiento aldeano estable, en manos de una aristocracia laica de raigambre comarcal. Entre estas pequeñas entidades campesinas se localizaba un pequeño oratorio dedicado a San Adriano del que desconocemos su tipología arquitectónica así como su régimen jurídico (*Corias I*), y que podría haber tenido su origen en la época del Reino de Asturias.

Este fue el sitio concreto escogido por los condes Piñolo y Aldonza, máximos representantes de la alta aristocracia del reino leonés, para fundar un monasterio bajo la observancia de la regla de San Benito. Para ello tuvieron que hacerse con el dominio completo sobre el lugar, primando en este sentido el interés por controlar un emplazamiento estratégico que suponía la puerta de entrada a los valles de la montaña suroccidental, y levantando el monasterio al lado de un puente que todavía a principios de la Edad Moderna era definido como «paso forçoso» que permitía salvar el río (Figura 3).

Entre las motivaciones que condicionaron la decisión de los condes, y más allá de los motivos estrictamente piadosos propios de la mentalidad de la época, encontramos un comportamiento común en los linajes condales del siglo XI, los cuales trataban de controlar los establecimientos religiosos como mecanis-



Figura 3. Vista del valle de Corias con el monasterio de San Juan Bautista. Al fondo se aprecia la villa de Cangas del Narcea y detrás el valle del Coto a la derecha y el del Narcea a la izquierda.

mo para reforzar su preeminencia social, y encontraban en la regla benedictina nuevas soluciones jurídicas que permitían rearticular sus dominios y consolidar sus patrimonios fundiarios asegurando su cohesión. Corias será pionero en el solar astur en este sentido, superando el modelo anterior representado por las fundaciones monásticas rurales en régimen de propios personificado en Cornellana o en Lapedo, por ejemplo.

La investigación arqueológica y las fuentes textuales nos permiten conocer cuál fue el reflejo arquitectónico de esta primitiva fundación monástica benedictina. Así, en el año 1031 tenemos la primera mención documental acerca de la iglesia fundacional del monasterio, que por entonces debía de encontrarse en proceso de construcción. Doce años después este templo, dedicado a San Juan Bautista, ya estaba consagrado. Las dataciones de C^{14} certifican este temprano origen para una arquitectura que supone una nueva perspectiva para el análisis del primer románico construido en Asturias (*Corias II*). Su planta de cruz latina, con nave única, amplio transepto y cabecera triple de ábsides semicirculares escalonados, poco tiene que ver con los ejemplos de planta basilical conservados del primer románico en la región, como Santa María de Villanueva y San Pedro de Teverga, fechados en la segunda mitad del siglo XI (Figura 4).



Figura 4. Vista general de los vestigios de la iglesia fundacional localizados durante la excavación arqueológica del subsuelo del patio exterior oeste del actual monasterio.

Los paralelos crono-tipológicos para templos como el de Corias los encontramos en numerosos ejemplos catalanes y franceses de monasterios bajo el influjo cluniacense; también en menor medida en Italia y en Inglaterra, junto con algún caso aislado en Castilla y León; asociados a monasterios en los que se introduce en fechas tempranas la reforma promovida por Roma y Cluny. En esta línea hay que resaltar que Corias fue uno de los monasterios que actuaron como punta de lanza en la introducción en el noroeste de la península del reformismo en el monacato, y que la arquitectura asociada al desarrollo de este nuevo orden regular supuso la incorporación de modelos arquitectónicos novedosos que representaron una profunda renovación de la tradición constructiva hispana en el noroeste ibérico, constituyendo un proceso que se puede relacionar con la llegada de obispos y eclesiásticos reformistas al reino de León. Esta tipología arquitectónica se solía emplear en monasterios de pequeño y mediano formato, o en las primeras iglesias fundacionales, que serán sustituidas a lo largo del siglo XII por grandes templos abaciales en un contexto de crecimiento económico favorecido por la consolidación de los dominios monásticos.

Por otra parte, en la iglesia fundacional de Corias se intuye la presencia de un *magister* o un taller foráneo, tanto en el diseño de la planta como en las soluciones empleadas, en las que se advierten modelos y técnicas constructivas ajenas

a la tradición arquitectónica autóctona y que debieron exigir la concurrencia de maestros de obra cualificados que, además, debían de contar con un considerable conocimiento estructural si, como parece probable, tanto la cabecera como el transepto de Corias II tuvieron sus cubiertas abovedadas. Junto a ellos, la mano de obra más numerosa la aportarían los pobladores del coto monástico, obligados a trabajar para el abad al menos dos días a la semana. En relación con esto recordamos ahora de nuevo, aunque sea solo como adorno literario, las referencias contenidas en el relato fundacional del monasterio, cuando ante el inicio inminente de las obras los condes se preparaban para reclamar el trabajo de los obreros existentes en el territorio de Corias y de convocar la presencia de «artífices». Asimismo, algunas soluciones empleadas como las placas geminadas de las ventanas, con inequívocos antecedentes en la arquitectura vernácula de la décima centuria, refuerzan la presencia de artesanos locales durante la ejecución de la obra.

Este marcado patrocinio constructivo condal en la fase fundacional del monasterio coriense es un fenómeno común en la época, y se puede rastrear también en los condados catalanes o en el área de influencia del Reino de Pamplona, donde las casas condales ejercieron un importante papel promoviendo la construcción de los templos benedictinos durante el siglo XI. Este evergetismo condal de primer nivel influyó en la difusión de las nuevas técnicas y los nuevos estilos arquitectónicos, así como en la elección de los arquitectos y de los artesanos, y por lo tanto en el alumbramiento de una nueva arquitectura monástica benedictina.

La comunión de intereses y el estrecho vínculo que se produce entre estas familias condales y los establecimientos benedictinos son intensos, y se identifican en cuestiones tales como el nombramiento de los abades por parte de esta aristocracia, normalmente en favor de miembros de su linaje; en sus diferentes actuaciones como patronos laicos del monasterio; y también en la construcción de grandes edificios donde ubicarán sus panteones, consolidando y perpetuando simbólicamente la memoria del linaje. Piñolo y Aldonza fueron enterrados en Corias, en un primer momento probablemente en un pórtico adosado al costado sur de la iglesia hasta que fueron reubicados en su interior durante el siglo XIII; y asimismo la lauda funeraria de Félix Sarraciniz, representante destacado de la nobleza clientelar de los condes, nos ilustra sobre estos mismos comportamientos funerarios (Figura 5).

Del resto de dependencias monásticas de la fase fundacional coriense apenas sabemos nada. Los documentos nos hablan de unas habitaciones para los monjes, para las que no existe constatación material, y seguramente habría también un primer patio a modo de rudimentario claustro de sencilla resolución. Este conjunto nuclear estaría delimitado por un recinto en cuyo exterior se localizaban dos cementerios, ambos de tumbas de lajas. Uno en torno a la cabecera de la iglesia y el otro, exclusivamente infantil, a los pies de la misma,

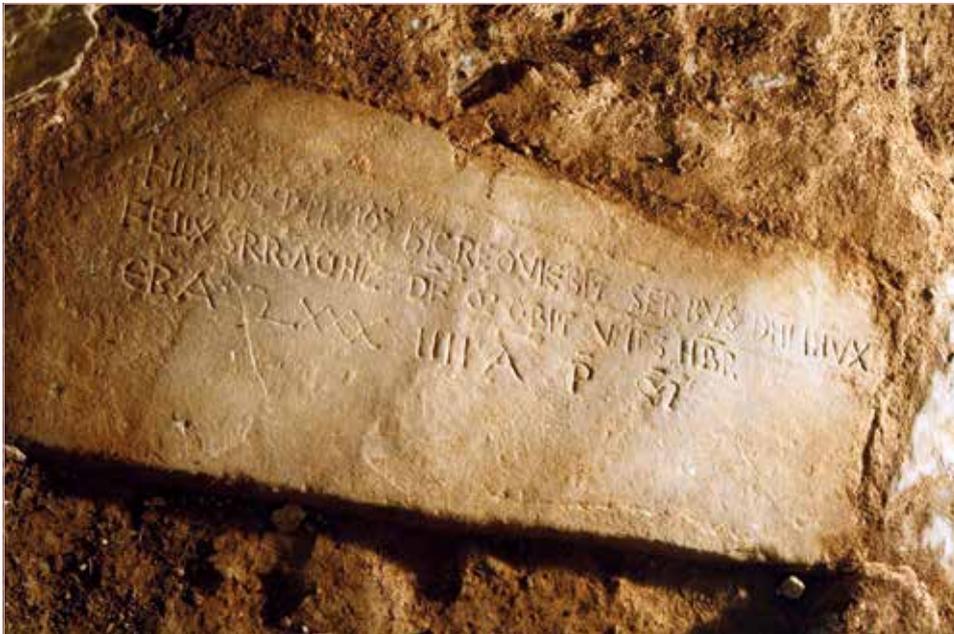


Figura 5. Lauda funeraria de Félix Sarraciniz (año 1046).

identificándose ambos con los enterramientos de la población campesina que dependía del monasterio y que servía a la comunidad religiosa.

En el entorno inmediato del puente se localiza la aldea de Corias, donde probablemente se emplazaba un palacio vinculado a la pareja condal que funcionaba como centro de percepción de rentas feudales; y también en sus inmediaciones, aunque a mayor altura, se situaba un castillo que ostentaba un considerable dominio visual sobre el entorno que funcionaba a dos escalas: una más inmediata, controlando la fértil vega y el emplazamiento del monasterio y de la embrionaria aldea, así como el paso del camino que discurría a sus pies y que en época medieval se dirigía hacia tierras leonesas cruzando la cordillera por el paso de Leitariegos. Y una segunda escala, de más altas miras, que permitía atisbar las villas de Cangas y Tineo (Figura 6).

La dotación fundacional favorecida por los condes, configurada por ocho monasterios propios, cuatro iglesias, y una treintena de aldeas con sus siervos que trabajaban las tierras, convertía al monasterio en uno de los más ricos de las Asturias medievales. El archivo monástico nos informa del rápido crecimiento que protagoniza su patrimonio en la segunda mitad del siglo XI, y la férrea administración de los abades y el decidido apoyo de los monarcas a este nuevo monacato benedictino habían convertido en poco más de cincuenta años el pri-

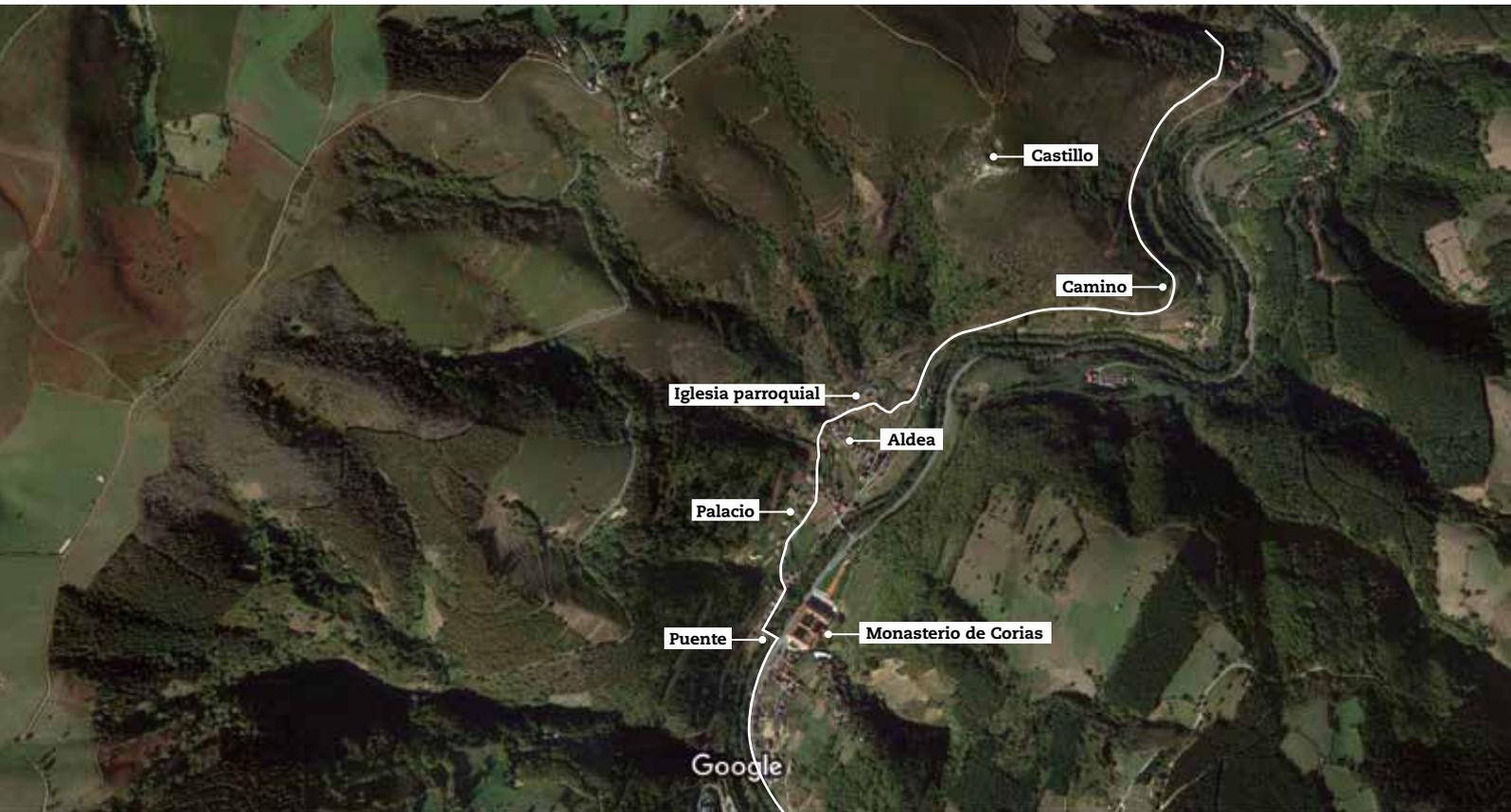


Figura 6. Poblamiento y organización del espacio en el entorno del monasterio medieval. Fotografía: ©2018 Google, Datos del mapa ©2018 Google, Inst. Geogr. Nacional.

mitivo embrión cenobítico en el más poderoso señorío feudal del suroccidente asturiano.

Esta situación tendría un claro reflejo en la arquitectura monástica, con la construcción de un nuevo templo más capaz, cuya fábrica se inicia a finales del siglo XI y que será consagrado en 1113. Desconocemos su morfología, pero todos los indicios nos llevan a considerar un edificio de grandes dimensiones y tres naves, también con triple cabecera, siguiendo por lo tanto las claves arquitectónicas del románico pleno difundido por maestros y talleres itinerantes y alentado por grandes promotores, como lo eran la mitra y los principales monasterios benedictinos. Esta nueva construcción se convertía en el gran templo monástico, asumiendo la advocación a San Juan Bautista (*Corias III*). De esta manera se alcanzaba en Corias un desarrollo arquitectónico complejo definido por

la coexistencia de dos templos, tratándose este de un proceso bien documentado en el monacato benedictino y cluniacense por el cual el nuevo templo monástico quedaba al servicio de la comunidad claustral, mientras que la iglesia fundacional pasaba a desempeñar funciones funerarias de tinte aristocrático.

Los abades de Corias contaban con suficientes recursos para afrontar este ambicioso proceso arquitectónico. El primero de ellos era su gran capacidad económica, sustentada en la explotación de un amplio dominio que les permitía atesorar un considerable patrimonio monetario, y que les otorgaba la posibilidad de contratar maestros canteros foráneos y talleres ambulantes. Y en segundo término la existencia de corveas feudales que obligaban a los siervos a trabajar para el monasterio. Hay que tener en cuenta además que en la documentación escrita en la que aparecen las aldeas dependientes de Corias no resultan extrañas las menciones a ferreros, pedreros y telleros, y que suponían por lo tanto una mano de obra especializada de la que podía disponer el monasterio para sus necesidades arquitectónicas.

Por otra parte, es notorio que a lo largo de la duodécima centuria se produjo una consolidación y expansión de los dominios agrarios de los monasterios benedictinos asturianos que tuvo su reflejo en una renovación arquitectónica de los mismos que permitió satisfacer no solo las necesidades litúrgicas sino también las productivas, ya que no debemos olvidar que los establecimientos monásticos eran santuarios y factorías a partes iguales. Estos procesos se observan en la construcción de nuevas iglesias monásticas, normalmente a lo largo de la segunda mitad del siglo, como ocurre en San Vicente, Lapedo, Bárcena, Bedón o Villanueva, y de las que Corias constituye un testimonio adelantado; y también en la edificación de claustros regulares y nuevas dependencias monásticas, como ocurrió en San Vicente, Villanueva, Cornellana y en el propio Corias.

Y es que la entidad arquitectónica que en el siglo XII estaba adquiriendo el monasterio coriense, acorde con la consolidación de su dominio, no podía permitirse por mucho tiempo la precariedad que representaba el primitivo recinto claustral, que en su primer trazado debía de ser poco más que un patio en el corazón del establecimiento religioso. Sabemos que durante el mandato del abad Pedro Peláez (1162-1195) se edificaron «de nuevo» todas las casas del monasterio, en un contexto más amplio de impulso generalizado, caracterizado por la adquisición de nuevas propiedades, la plantación de viñas y la restauración de las capillas y de las iglesias dependientes de Corias. En este marco temporal y económico habría que encuadrar la construcción de un claustro regular siguiendo un modelo arquetípico: planta cuadrada con arquerías y distribución de las diferentes estancias alrededor de las pandas (Corias IV). Modelo que en el noroeste hispánico no se introduce hasta esta centuria (Figura 7).

Desconocemos el ritmo constructivo de este claustro, que se encontraba al norte del templo monástico y a los pies de la iglesia fundacional, aunque sí se ha constatado el funcionamiento de un calero entre la segunda mitad del siglo XII y

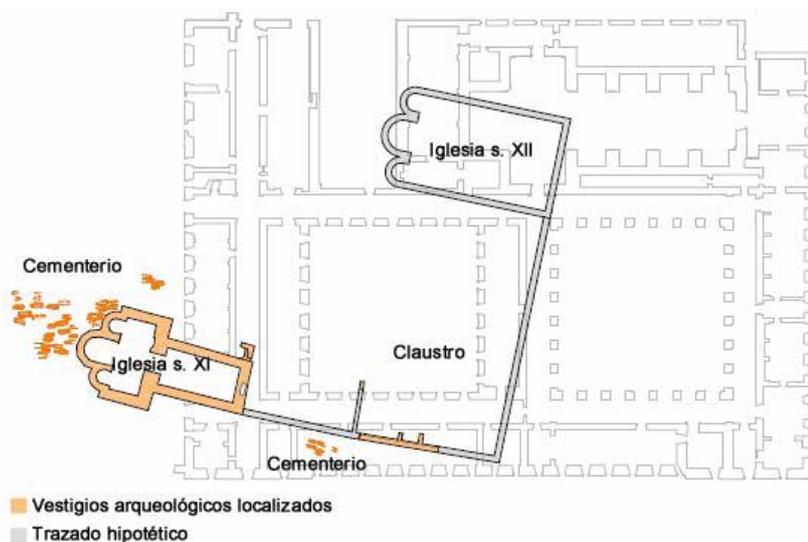


Figura 7. Propuesta de topografía del monasterio de Corias en el siglo XII. Los trazos en azul corresponden a un planteamiento hipotético a partir de la documentación escrita.

la primera del XIII que aseguraría el abastecimiento de cal a pie de obra durante esta fase constructiva. Además, a partir de la documentación escrita se deduce que este claustro medieval de estilo románico contaba con una sala capitular, un dormitorio común para los monjes, un escritorio y un lavatorio, a los que habría que sumar el refectorio, el cillero, las bodegas y una torre campanario con funciones defensivas. Por lo tanto, es muy poco lo que sabemos sobre el resto de dependencias de trabajo que acompañaban al núcleo claustral, siendo este un problema endémico en la arqueología monástica en general, ya que, paradójicamente, ocurre lo mismo que con la investigación de las *villae* romanas, que tradicionalmente se ha centrado en la *pars urbana* (templo y claustro en nuestro caso), olvidándose habitualmente de la *pars fructuaria* (talleres, almacenes).

El monasterio románico rematado en la duodécima centuria no debió de conocer grandes transformaciones durante los siglos XIII y XIV en estilo gótico, como tampoco se constatan en otros de los principales establecimientos benedictinos asturianos como San Vicente o San Pelayo de Oviedo. Si acaso, pudieron acometerse algunas reformas de pequeña entidad y la construcción de otras capillas funerarias, y es probable que esta inactividad edificatoria estuviera propiciada en cierta manera por las crisis institucionales que caracterizan algunos de los mandatos abaciales que jalonan la centuria.

En cualquier caso, una de las cuestiones que mejor conocemos del monasterio bajomedieval entre los siglos XIII y XIV es su topografía funeraria; es decir, los lugares de enterramientos definidos en el edificio, y por quién y por qué razón eran utilizados cada uno de ellos diferenciadamente. De mano sabemos que a partir de la decimotercera centuria se intensifican las donaciones que recibe el monasterio por parte de la nobleza comarcal y los campesinos adinerados del entorno a cambio de obtener sepultura entre sus muros; y ya por entonces la iglesia fundacional había sido reconvertida en capilla funeraria en cuyo interior albergaba los sepulcros de los condes fundadores y el cenotafio del rey Bermudo y su esposa (Corias V). La capilla será empleada también como lugar de enterramiento privilegiado por parte de los abades del monasterio, que situaban sus sepulcros bajo arcosolios abiertos en sus paredes, mientras que el suelo del transepto y de la nave era el lugar reservado para otros magnates, tanto laicos como religiosos. De entre todos ellos destacamos al caballero enterrado con sus espuelas doradas en el transepto norte, integrante del grupo de miembros de la nobleza rural que en vida mantenía relaciones clientelares con el abad y que al enfrentarse a la muerte trataba de emular comportamientos de reyes y de *ricoshombres*, implantando sus sepulturas en los lugares más destacados de los templos, y haciéndose enterrar con honores (Figura 8).

El resto de dependencias monásticas principales también fueron empleadas como lugar de enterramiento a cambio de donaciones *pro anima*. De mayor a menor categoría, si valoramos el estatus social de los personajes que allí se enterraban, se encuentran la sala capitular, el claustro y el cabildo. Por su parte, la iglesia monástica focalizaba ante su puerta otro espacio de enterramiento vinculado a algunos abades y miembros de la aristocracia. Esta jerarquía ante la muerte se establecía fundamentalmente a partir de la capacidad de donación de propiedades que tenía cada individuo o linaje a cambio del derecho a recibir sepultura, lo que permitía a la comunidad monástica engrandecer su patrimonio fundiario y monumentalizar la arquitectura, y a las familias aristocráticas cohesionar y reafirmar socialmente sus linajes empleando para ello la memoria de sus antepasados.

En definitiva, durante los siglos bajomedievales la comunidad coriense había convertido el edificio monástico en un panteón señorial colectivo. Un conjunto memorial vinculado a la liturgia de difuntos, en el cual la capilla funeraria de Santa María se erige como polo de atracción para los estamentos privilegiados del suroccidente asturiano a la hora de escoger la ubicación de sus sepulturas. De esta manera, Corias participará de las mismas estrategias memoriales que desarrollaron los grandes monasterios europeos en la Edad Media, encaminadas no solo a la salvación de los difuntos mediante el rezo de misas individualizadas sino también a la protección y conservación del recuerdo de los linajes a cambio de su favor. Unos comportamientos que en Asturias también se advierten en el espacio catedralicio ovetense y con mayor o menor intensidad en

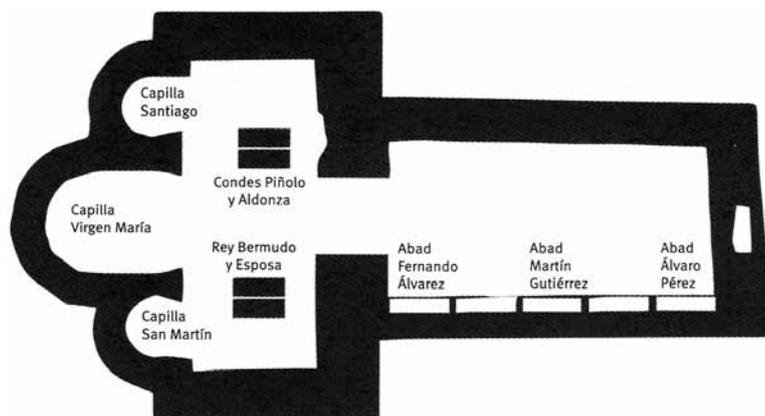


Figura 8. Localización de enterramientos en la capilla funeraria de Santa María de la Vega (iglesia fundacional) a partir de la documentación escrita.

el resto de monasterios y conventos de la región. A la par, el cementerio que se había desarrollado durante los siglos XI y XII en torno a la cabecera de la iglesia fundacional toca a su fin, y los campesinos serán enterrados a partir de ahora en el nuevo templo parroquial de Santa María de Regla situado en la aldea del coto monástico en la ribera opuesta del río.

En la recta final del Medievo el monasterio de Corias se encontraba bajo el yugo de los enriquecidos abades comendatarios, quienes habían permitido una relajación en el cumplimiento de la regla benedictina por parte de los monjes, como bien refleja la documentación de la época. Parece que esta crisis religiosa pudo estar acompañada de una falta de mantenimiento del complejo monástico, tal y como se argumentaba en una visitación de 1529: «...La iglesia está rota y los altares maltratados... Las claustros caydas y descubiertas...». Más allá de este desolador retrato, probablemente interesado, la investigación arqueológica nos ha permitido saber que al menos durante la primera mitad del siglo XV el edificio no se encontraba tan abandonado como mencionan las fuentes escritas, ya que por entonces se estaba reconstruyendo el ala septentrional del claustro medieval (*Corias VI*); y tampoco parece casualidad que en Bárcena, el priorato dependiente de Corias, se estuvieran sufragando obras de mejora del edificio también por aquellas fechas, hacia 1441. Junto a ello hay que tener en cuenta que algunos documentos escritos nos informan de que durante el último tercio de la centuria se estaban llevando a cabo obras de reparación del monasterio, aunque desconozcamos el alcance de las mismas (Figura 9).

Los años treinta del siglo XVI supondrán un punto y aparte en la historia del monasterio. Por entonces Corias pasará a depender jurisdiccionalmente de la Congregación de San Benito de Valladolid, lo que desde el punto de vista religioso supuso la búsqueda de una mayor rectitud en la vida de los monjes,

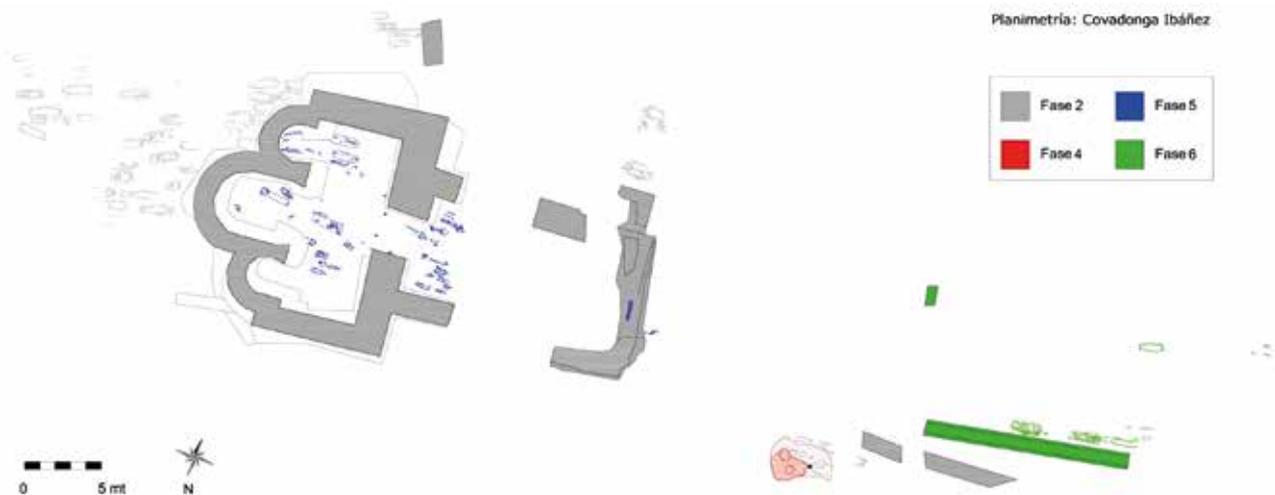


Figura 9. Fases arqueológicas del monasterio a lo largo de la época medieval.

compartiendo unas motivaciones reformistas comunes en la época que trataban de reordenar la vida interior de los monasterios alejándolos del influjo de la nobleza laica encomendera.

Esta nueva etapa religiosa tuvo su inmediato reflejo en una renovación de la arquitectura monástica mediante la cual el edificio se convertía otra vez en mecanismo de propaganda del poder señorial que protegía dentro de sus muros, como ya lo habían sido la iglesia fundacional en el siglo XI, el templo monástico en el XII o la torre campanario. A la par, y significativamente, también se mejorará durante esta centuria la capacidad del puente sobre el río Narcea, favoreciendo el tránsito del transporte carretero.

En la segunda mitad del siglo XVI se empieza a derribar el claustro medieval y comienza a la par la construcción de un claustro renacentista (*Corias VII*), como ocurrirá también en buena parte de los establecimientos monásticos asturianos. Sus trazas fueron encargadas a Juan del Ribero, uno de los grandes arquitectos de la época, y en su diseño se manifiesta una nueva concepción del espacio monástico, organizándose las diferentes dependencias en altura en torno al patio, en la planta baja las comunes y en la superior las celdas, ahora ya individuales.

Desconocemos buena parte de las cuestiones relativas a la ejecución de este claustro, y en concreto la probable participación de talleres especializados durante su fábrica. En cualquier caso, la mano de obra más básica estaba asegu-

rada, dado que todavía en 1555 entre los derechos que mantenía el abad sobre sus vasallos encontramos la obligación que tenían estos de transportar hasta el monasterio carros de piedra, cal, madera y otros materiales. Por otro lado, hay que tener en cuenta que tanto la villa de Corias como la cercana puebla de Cangas eran focos de atracción de nuevos pobladores, y está constatada la llegada de herreros y de otros oficiales que podrían haber trabajado como asalariados durante la renovación de la fábrica monástica. Aunque el grueso de la obra de este claustro se desarrolló entre las décadas de los sesenta y los noventa del siglo XVI, la documentación escrita y la lectura de paramentos efectuada sobre los vestigios conservados del mismo han permitido inferir por un lado que tanto el claustro como la nueva iglesia renacentista respondían a un proyecto unitario de partida, y por otro que el claustro se remató por la panda de la iglesia, solapándose su obra con el arranque de la construcción de esta (Figura 10). Así, una vez encaminada la fábrica claustral, la comunidad se enfrentaba a otro reto arquitectónico aún más exigente: la construcción de un templo cuyas obras se inician en 1593. Sus dimensiones sobrepasaban con creces cualquier otro edificio erigido hasta entonces en el occidente de Asturias, y probablemente sus trazas también fueron dibujadas por Juan del Ribero, un arquitecto de prestigio dentro de la orden benedictina. En todo caso, la ejecución a pie de obra correspondió al maestro trasmerano Domingo de Argos, y no fueron pocas las complicaciones técnicas y constructivas a las que tuvo que enfrentarse durante su ejecución. A lo largo de las obras contaría con la colaboración de ocho oficiales y de dieciséis peones junto con una cuadrilla de carpinteros. Estos recurrieron al empleo de ensamblajes mediante tornos de madera en la armadura de la cubierta, una técnica habitualmente empleada en el montaje de los hórreos.

La reforma observante quinientista y la afiliación a las congregaciones motivarían la construcción de nuevos templos monásticos en los principales monasterios durante estos mismos años, como se constata en San Vicente (1587), en San Pelayo (1592), en Lapedo (1598), o en Montederramo en Galicia (también en 1598). Y aunque la construcción de estas monumentales iglesias estuvo sustentada en unas rentas monásticas saneadas en una etapa de crecimiento económico, en el caso de Corias desconocemos hasta qué punto el avance de la fábrica se pudo ver afectada por las crisis finiseculares, ya que en 1613 aún no estaban concluidas ni las obras del claustro ni las de la iglesia. Un ritmo constructivo ciertamente pausado que contrasta con el de épocas posteriores en las que las fábricas arquitectónicas se resolverán con mayor celeridad –por ejemplo, el patio de servicio barroco fue rematado entre 1720 y 1723–. Quizás fue demasiado el esfuerzo que esta gran renovación monumental supuso para las arcas monásticas, pero lo que sí es seguro es que la conclusión de esta nueva iglesia renacentista, coronada por una gran cúpula, se retrasó varias décadas con respecto a la previsión inicial, siendo finalmente consagrada en 1650 (Corias VIII). En cualquier caso, la imagen que ofrecía el conjunto monástico a mediados del siglo XVII era la de una arquitectura poderosa, a la altura de un dominio

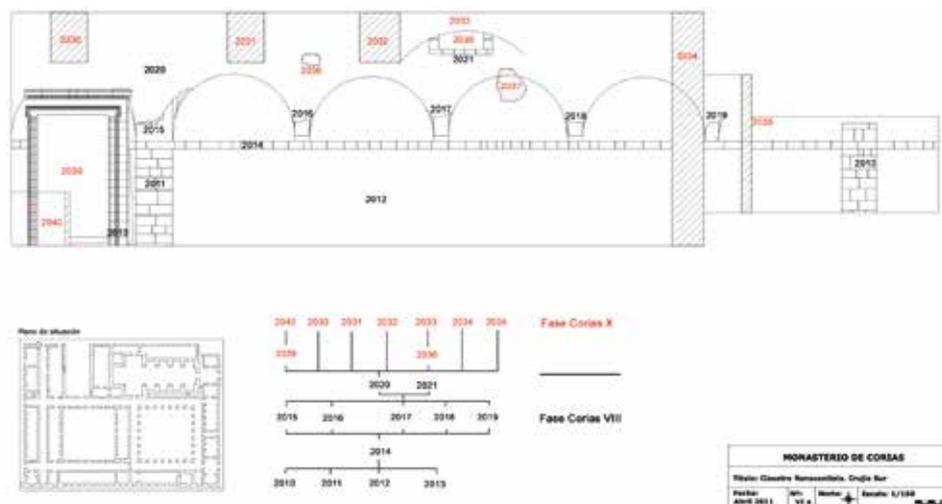


Figura 10. Alzado de los restos conservados de la crujía sur del claustro renacentista Delineación: Covadonga Ibáñez Calzada.

monástico para el que no tenemos, a día de hoy, demasiada información sobre los mecanismos que regían su explotación.

De lo que no hay dudas es que el monasterio iniciaba el siglo XVIII en un estado de salud envidiable, sustentado en la amplia nómina de arriendos y aforamientos agrarios que disfrutaba. En apenas cuarenta años conocemos cuatro grandes construcciones acometidas en el edificio monástico, mejorando notablemente su capacidad y funcionamiento. En la primera década se llevaba a cabo la construcción de una gran cerca de piedra rodeando una reserva monástica que alcanza las 24 hectáreas de superficie. La cantidad de medios materiales dispuestos para la empresa resulta asombrosa, así como la reminiscencia de las antiguas corveas feudales que en pleno siglo de las luces suponía el trabajo manual que proporcionaban los vecinos del coto monástico a cambio de comida. Más en detalle sabemos que las obras de la tapia fueron supervisadas por un monje «maestro de obras», y que el monasterio había contratado los servicios de una cuadrilla compuesta por un maestro, oficiales y peones a los que se les paga con dinero; mientras que los vecinos del coto participan en los acarreos de material de construcción (piedra, cal, etc.), y se les pagaba con la comida o en especie (vino, huevos, cera o centeno).

En la década siguiente se levantaba un gran molino en la orilla del río Narcea junto al edificio monástico. Su tipología señorial nada tiene que ver con los pequeños molinos campesinos, y con su construcción quedaba asegurada la transformación en harina de la producción cerealista; como lo estaba también la vinícola con los numerosos lagares repartidos por los diferentes viñedos. Las

bodegas y la cilla monástica se encargaban de conservar estos productos a lo largo del año.

Por su parte, en los años veinte se abordaba la obra de mayor envergadura de la primera mitad del siglo XVIII. El monasterio duplicaba su superficie construida con la fábrica de la «casa nueva», un patio de servicio barroco adosado al costado oriental del claustro renacentista (Corias IX). A partir de la documentación escrita sabemos que estas obras fueron supervisadas por un monje, mientras que los vestigios arqueológicos conservados, principalmente a nivel de cimentaciones, nos informan de una fábrica resuelta mediante mampostería y el empleo puntual de cantería en esquinales y solados. El rápido crecimiento del número de monjes claustrales alojados en Corias a lo largo de este periodo y el aumento de las necesidades productivas requirieron esta considerable ampliación de la superficie habitacional del monasterio. En este mismo contexto la construcción de nuevos claustros de servicio y patios asociados a las hospederías y a los noviciados, y de espacios de trabajo y de almacenamiento, será una característica recurrente en la evolución arquitectónica de los monasterios durante los siglos XVII y XVIII.

Finalmente, el proceso de reformas encadenadas se cerraba en los años treinta con la construcción de una nueva sacristía. Durante su fábrica, supervisada también por dos monjes, está consignada la presencia de un maestro de obra, que no era el tracista del plano, y la participación de cuatro albañiles-mamposteros (uno de ellos procedente de un cercano pueblo de Cangas, otro de Cornellana y los otros dos de Oviedo), junto con peones, trabajadores en las canteras, y vecinos que transportaban los materiales a cambio de la comida, además de la participación de los propios criados del monasterio.

Alcanzaba de esta manera Corias el ecuador del XVIII con una gran superficie edificada, fruto de la amalgama de las nuevas obras renacentistas y barrocas y de la pervivencia de algunos edificios medievales como la iglesia fundacional, que aún se mantenía en pie por entonces como emblema de los ancestrales orígenes del establecimiento. Así lo describía en 1753 el padre Colloto cuando relata que el monasterio disponía de tres patios. Eran estos el claustro renacentista, el patio barroco y el primitivo recinto vinculado a la iglesia fundacional (Figura 11).

Aunque carecemos de registro arqueológico, la documentación escrita nos permite hacernos una idea de la complejidad que ostentaba el edificio monástico en esta época. Así, a las estancias construidas en la fase renacentista habría que sumar la «casa nueva» barroca, la sacristía, una torre campanario, la mayordomía, el noviciado, la sastrería y la ropería, las habitaciones de los criados, la lavandería, las porterías, la hospedería, la enfermería, la botica, la cerería, la barbería, la panadería, el taller de carpintería, el lagar y las bodegas, las diferentes letrinas, la cárcel, las caballerías, las cuadras y el gallinero, un huerto

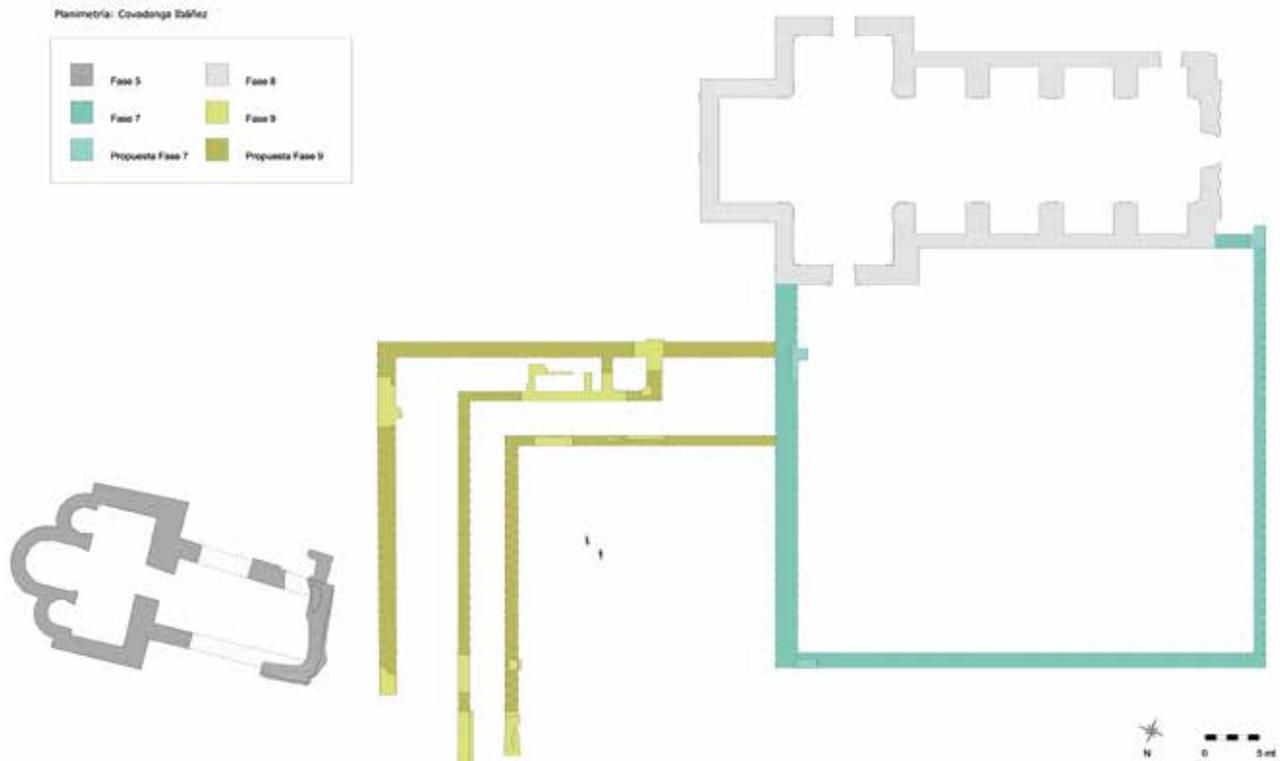


Figura 11. Fases arqueológicas del monasterio en época moderna.

cerrado con una tapia en cuyo interior se resguardaba el semillero, además de un jardín, el palomar y una fuente.

Durante estas dos centurias, y descontando algunos periodos de crisis, Corias vivió una etapa floreciente en lo que a sus cuentas económicas se refiere. Los Libros de gastos suponen una buena radiografía de esta riqueza y nos muestran una comunidad plenamente insertada en las redes comerciales de primera categoría, accediendo a todo tipo de manufacturas y alimentos en mercados asturianos, del Reino, y también extranjeros. No en vano en el siglo XVIII era el monasterio que mayores diezmos recibía en el occidente asturiano, cuadruplicando los ingresos de otros cenobios como Oscos, Obona o Belmonte; y sus rentas anuales suponían la percepción de más de medio millón de reales, algo que no tenía parangón en ningún otro señorío religioso o laico del occidente de Asturias.



Menos datos tenemos con respecto al uso funerario del monasterio durante esta etapa. Los campesinos del coto se enterraban en la iglesia parroquial de Regla de Corias, mientras que los monjes debían de utilizar la sala capitular del monasterio. También se han localizado algunas inhumaciones en el recinto interior del patio de servicio barroco, pero resulta complicado encuadrarlas en su justo contexto. De lo que no cabe duda es de la utilización propagandística que el monasterio hacía de los sepulcros de los condes fundadores y del rey Bermudo, como recurrente mecanismo para ensalzar los orígenes de la casa. Siguiendo esta tónica, sus sepulturas habían sido trasladadas a la capilla mayor del gran templo renacentista a mediados del siglo XVII.

Alcanzada ya la etapa final de la Edad Moderna, 1763 es una fecha especialmente señalada en la historia del monasterio. En aquel año el edificio sufría un incendio que afectaba a buena parte de sus dependencias, salvándose tan solo la iglesia y el archivo. La documentación escrita manejada ha permitido saber que el fuego, aunque poderoso, no habría sido tan devastador como se le suponía, manteniéndose en uso algunas dependencias después de esa fecha. En todo caso el incendio motivó la planificación y construcción del actual monasterio neoclásico, el cual define un antes y un después en la conceptualización de la arquitectura monástica (*Corias X*).

Hemos visto como durante la época medieval principalmente, y también en parte durante la moderna, el complejo monástico se desarrollaba por impulsos, alternando grandes fases constructivas en las que se levantaban los templos o los claustros, con otros periodos «menores», donde merecían mayor atención los trabajos de mantenimiento o de reforma de lo ya construido, a la par que se edificaban nuevas dependencias que iban surgiendo entre los intersticios de los principales cuerpos de fábrica según las propias necesidades monásticas lo requerían. Se creaba de esta manera un monasterio de planta acumulativa, por la yuxtaposición de los edificios en torno al núcleo fundacional. Esto no quiere decir que no se produjeran considerables cambios en el conjunto de la imagen arquitectónica. La etapa renacentista, con la construcción del templo y el nuevo claustro procesional, supuso una primera e intensa reordenación topográfica y arquitectónica del conjunto, pero, aunque se produjeron derribos de construcciones medievales –como ocurrió con la segunda iglesia y el claustro románicos–, durante los siglos XVII y XVIII primaron las obras de adosamiento y de crecimiento en superficie frente a los arrasamientos, a la par que se conservaba en pie la primitiva iglesia fundacional, que será demolida tras el incendio de 1763.

Desde esta perspectiva el monasterio neoclásico va a introducir una nueva concepción en la ordenación del espacio conventual, en la que cobrará verdadero protagonismo una organización racional de los espacios, aunando en un único edificio de grandes dimensiones todas las necesidades que requería la comunidad monástica, excepto las cuadras y los pajares que se alojaban en

un edificio exento. Surgía así de esta manera un edificio monástico *ex novo* con la salvedad hecha del templo renacentista.

Pero si la construcción del monumental monasterio neoclásico fue posible se debió a la conjunción de dos factores en un mismo momento: el primero de carácter estructural, ya que la economía del monasterio conoció a lo largo del siglo XVIII un periodo de estabilidad y prosperidad; y el segundo con un marcado sesgo coyuntural, el incendio de 1763, que obligaría a materializar una renovación arquitectónica integral del conjunto monástico. Hay que tener en cuenta además que Corias había conocido entre los siglos XVII y XVIII un progresivo aumento en el número de sus inquilinos, lo que había obligado a sucesivas ampliaciones de la superficie construida, la última de ellas la «casa nueva» levantada entre 1720 y 1723, por lo cual el nuevo edificio que tenía que construirse debía de destacar por su capacidad de alojamiento y de almacenamiento.

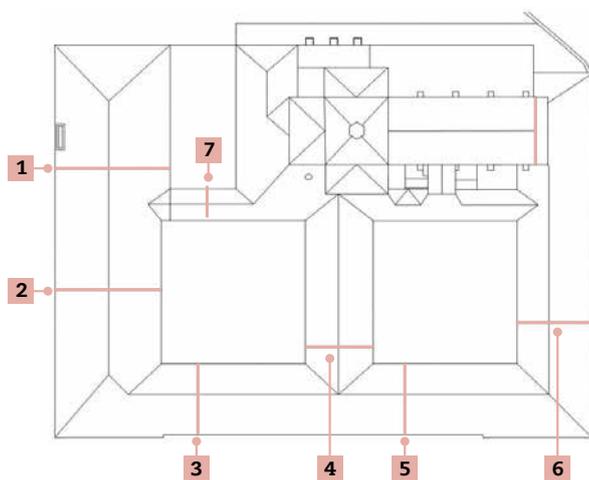
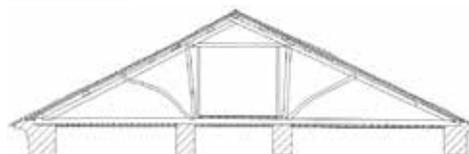


Figura 12. Tipologías de las cerchas documentadas en el tejado del monasterio neoclásico.

CERCHA N° 1



CERCHA N° 2



CERCHA N° 3



CERCHA N° 4



CERCHA N° 5



CERCHA N° 6



CERCHA N° 7



Las colosales dimensiones que alcanzaría el monasterio neoclásico, con su planta de más de 5.000 m², no tenían referente en las construcciones precedentes. Tampoco la capacidad constructiva desarrollada, ya que en 38 años de trabajo se dieron por concluidas las obras. Su desarrollo estuvo marcado por la participación de cuadrillas de trabajadores altamente especializadas, encargadas de sacar adelante las diferentes etapas de la obra, desde las descomunales cimentaciones, que descendían más de cinco metros en el terreno, hasta las armaduras de la cubierta, una buena muestra de trabajo perfectamente coordinado (Figura 12). El diseño del nuevo edificio correspondió a un arquitecto foráneo de prestigio, Miguel Ferro Caaveiro, mientras que la supervisión a pie de obra fue llevada por tres monjes. Con respecto a algunas cuestiones técnicas relativas a la fábrica podemos apuntar que por primera vez se documenta el empleo de la bujarda en la labra de los sillares, mientras que en las molduras se utiliza el trinchante y el cincel en listeles y estrías, lo que supone una multiplicación y especialización de las herramientas empleadas en la talla de la piedra en comparación con las que hemos documentado en obras anteriores como la románica o la renacentista. Junto a esta presencia de trabajadores especializados también está constatada la participación de albañiles-mamposteros, de peones y de carreteros que transportaban los materiales desde las canteras, los montes y los caleros. En conjunto se advierte una mayor complejidad del proceso productivo, una creciente estandarización de los materiales empleados en el ciclo constructivo, así como una ampliación de los recursos movilizados y de las soluciones técnicas manejadas en la nueva arquitectura neoclásica.

Surgía de esta manera un edificio meticulosamente organizado, en cuya planta se vislumbraba el espíritu racionalista de la época. Un claustro regular junto a la iglesia, un claustro secundario con funciones productivas y de almacenaje, un ala para el noviciado en torno a un patio abierto, y, finalmente, el edificio de las cuadras y los pajares, exento, para evitar el peligro del fuego. Asimismo, los constructores del nuevo monasterio realizaron una compleja serie de infraestructuras hidráulicas, entre las cuales encontramos encañados de cientos de metros de distancia, acueductos ocultos que recorren el interior de las paredes, y una densa red de alcantarillas subterráneas, algunas de ellas practicables a pie (Figura 13).

Paradojas del destino, la comunidad monástica apenas tendría tiempo para disfrutar de su recién inaugurado edificio, símbolo manifiesto del poder económico que atesoraba el monasterio a principios del siglo XIX. Acabada la obra en 1808 la desamortización de 1835 promovida por el ministro Mendizabal desalojaba del convento a los últimos monjes benedictinos. Empezaban de esta manera los tiempos contemporáneos en la autobiografía de Corias, y tras 25 años de abandono una comunidad de frailes dominicos se instala en el edificio en 1860, protagonizando una refundación religiosa que alcanza hasta nuestros días. Desde un punto de vista arquitectónico, la Orden de

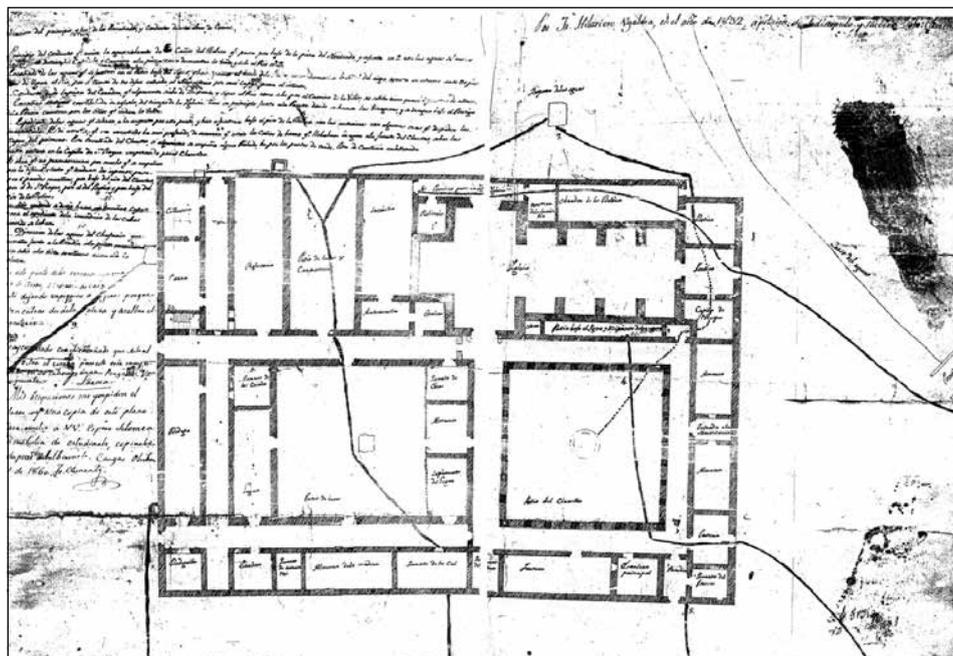


Figura 13. Plano de 1832 en el que se indican las tuberías de abastecimiento hidráulico y las alcantarillas de evacuación de aguas residuales que recorren el subsuelo del monasterio neoclásico.

Predicadores no promoverá grandes proyectos constructivos en el monasterio, limitándose su labor al arreglo de las celdas y de las diferentes dependencias y a su reacondicionamiento para el establecimiento del noviciado y de los estudios de Teología, a la par que instalaban un molino de chocolate de tracción animal en el edificio de las cuadras (Corias XI). Ya por último, en el año 2007, empezaban las obras del Parador de turismo, funcionando como tal a partir del 2013 (Corias XII).